



Artículo: Alicia Mayer, El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana . México , Universidad Nacional Autónoma de México , CCUDEL , 1992

Autor(es): Connaughton Hanley, Brian Francis

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 37

Año: 1993

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Connaughton Hanley, Brian Francis. "Alicia Mayer, El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana . México , Universidad Nacional Autónoma de México , CCUDEL , 1992" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 37 (1993): p. 56-59. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3809>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

▣ PRESENTACIONES DE LIBROS

Alicia Mayer, *El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, CCYDEL, 1992

El libro de Alicia Mayer, *El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana* (UNAM/CCYDEL, 1992), es —entre otras cosas— un estudio del concepto de la misión norteamericana en el mundo moderno, desde su despertar hasta su crisis actual. Para el efecto, el eje temático lo constituye la historiografía colombina de los Estados Unidos que abarca desde el siglo XVII hasta el año de 1991. Tan ambiciosa tarea, sólo realizable tal vez bajo la sabia dirección de don Juan Ortega y Medina, la ha acometido la autora con tesón y con provecho.

En su texto, Colón y el descubrimiento de América se traslucen como velos coquetos que esconden y revelan alternadamente facetas del alma norteamericana. Asimismo, se relacionan con la larga lucha de los norteamericanos por comprender o repudiar los legados español e indígena, cuyo punto de contacto son las proezas mismas de aquel navegante de la mar oceánica.

El análisis de la maestra Mayer se opera en dos grandes niveles: el que implica la larga duración que ha tenido la ética puritana en los estudios norteamericanos dedicados al descubrimiento y el que toma en cuenta los tiempos más cortos de tendencias intraseculares de las cuales surgen problematizaciones más específicas en la historiografía colombina. Algunos de estos movimientos nuevos incluso rebasan un siglo e influyen en el siguiente. En suma, se trata de una visión en que el entramado moral de la ética puritana tiende a la secularización, perdiendo su especificidad religiosa mas no su deber ser. Este proceso, a su vez, es matizado e impactado por nuevos cuestionamientos historiográficos —algunos de enver-

gadura más universal y otros salidos del marco vital más exclusivamente norteamericano.

A un poco más de medio siglo de lanzada la colonización de Nueva Inglaterra, Cotton Mather (*Magnalia Cristi Americana*) hubo de responder a la incógnita de cuál había de ser el significado de la fundación angloamericana para el mundo. Guiado por la común explicación providencialista cristiana, Mather llegó a conclusiones singulares. Colón había sido instrumento del Señor para la regeneración continental. Constituida la América por una geografía agreste, poblada por salvajes bajo influjo diabólico, Dios se sirvió de una España errada en su fe y decadente para comenzar el esparcimiento cristiano sobre el nuevo continente. Más luego, mediante los viajes emprendidos por Inglaterra y la magnífica expansión y florecimiento de la colonia puritana de Nueva Inglaterra, se señaló el sitio privilegiado que ocuparían la religión reformada y sus hijos predilectos en el futuro americano. América, reorientada, “se alzaría [...] como santuario, como modelo de pureza y santidad” (p. 34) ante el mundo, desafiando por tales méritos hasta el mismo Apocalipsis.

Señala la autora que la visión puritana de Mather estriba en la necesidad de ser fiel a esta vocación y, mediante esfuerzos intramundanos, encarnar la preferencia divina en la prosperidad económica y el bienestar social. Rescatando una cita de Mather, nos trasmite que

El Dios del Cielo sonrió a nuestras plantaciones, que bajo su gobierno natural e igualitario, se han realizado los designios del cristianismo a través de iglesias bien organi-

zadas de tal forma que la historia no ha encontrado otro ejemplo comparable a éste (p. 37, nota 47).

Por ello, el catolicismo, la holganza y la pecaminosidad —en liga incestuosa— serían borrados del nuevo continente para que América fraguara su verdadero destino metahistórico.

Alicia Mayer sugiere que el siglo XVIII en las trece colonias angloamericanas de Norteamérica fue escaso en aportaciones colombinas, pero éstas constituyeron una clave en el afianzamiento de su sentido de identidad. Bajo el influjo de la Ilustración, reflexiones diversas, poemas y discursos abordarían con variable profundidad el descubrimiento, la empresa de Colón y el papel de España. Poco a poco el mundo discursivo se pobló de nuevas posibilidades. La promesa de América se secularizó notablemente, asociándose con el progreso de la civilización, las libertades ciudadanas, la razón y la ciencia en tierras prístinas. Colón sería admirado como el gran iniciador de esta empresa al aunar el arrojo emprendedor al raciocinio científico. Guiado más por este genio que por fuerzas o inspiraciones divinas, prefiguró en su comportamiento los valores que encumbrara la nueva república de los Estados Unidos.

La proliferación de escritos colombinos a lo largo del siglo XIX, así como su orientación diversa, obligó a la autora a dedicarles tres grandes capítulos, que constituyen parte medular de su aportación analítica. Giran en torno del romanticismo, la llamada escuela de Boston, y alrededor de la conmemoración colombina de 1892. La gran figura de la interpretación romántica es un Colón de dimensiones heroicas, captado a través de una historia novelada. Los literatos norteamericanos Washington Irving y James Fenimore Cooper son los pincelistas que, mediante el verbo, forjan un nuevo cuadro. Discrepan entre sí, pero ambos enfatizan el elemento épico de la hazaña colombina. Proyectan la imagen exaltada de un Colón “cargado de valores humanos, morales y éticos” (p. 89). El drama del espíritu es lo que les

llama la atención, y el coraje de Colón es lo que más parece integrarlo ya de lleno a la americanidad ascendente de los Estados Unidos. Pero, mientras que para Irving el alma de Colón es un claroscuro en donde se encuentran el caballero medieval y el hombre moderno, científico y racional, para Cooper el navegante es moderno en toda una pieza. Ambos lo consideran un hombre paradigmático por sus profundos nexos con el progreso y el bienestar humano. Y ésta es una modernidad que enraza con una moralidad calvinista, porque siguiendo afanosamente su vocación, Colón ha demostrado las cualidades del hombre elegido para grandes sucesos en la historia humana. Incluso España, por su asociación con las proezas de semejante hombre, pierde algo de las tachas que comúnmente se le asignaban en la visión norteamericana.

La escuela de Boston contribuiría con matices propios a la percepción de Colón y el descubrimiento. Nucleados en torno de la Universidad de Harvard, los miembros de esta escuela eran historiadores y estudiosos de la literatura que destacaban por su erudición académica. La maestra Mayer asienta que sus aportaciones estaban permeadas por las corrientes del puritanismo, el racionalismo ilustrado y el romanticismo. Su eticismo moralizador y providencialista, su visión de “la gran marcha de la sociedad” a través de etapas obligadas, y su inquietud sobre la misteriosa España medieval eran producto, respectivamente, de tales influencias. Trataban de Colón y del descubrimiento de América dentro de abordajes más vastos de la historia española. Retomando el romanticismo de Irving y Cooper, y coloreándolo de tintes calvinistas, estos escritores descubrieron un Colón que se incorporaba aun más a la historia de Estados Unidos, al ejemplificar “una *summa* de valores protestantes” (p. 103). Propensos a rescatar elementos clave de la antigua interpretación providencialista y moralizante, los integrantes de la escuela de Boston pudieron rebasar dicho horizonte y acceder a otros análisis. Escribe la autora:

La observación de los hechos, la exhaustiva búsqueda de datos fidedignos, la interpretación erudita de los resultados y la reconstrucción lógica de los acontecimientos fueron cuestiones que el grupo de Boston difícilmente pudo pasar por alto (p. 119).

Pues la historiografía occidental se orientaba precisamente en este sentido.

El producto de tales esfuerzos fue, en algunos casos, una revaloración más positiva de la España de 1492; una reconceptualización de su legado medieval, como formativo; y una mayor disposición de ver rasgos modernos y loables en la primitiva expansión ibérica. Con una visión incipientemente plural de la causalidad histórica, a España se le veía inserta en el parto de Occidente y en la forja de sus valores paradigmáticos. Tarde o temprano, sin embargo, afloraría de nuevo la herencia providencialista y la percepción de que España desperdió el mundo nuevo que le tocó descubrir en la persona de Colón. A Estados Unidos le tocaría cumplir con la vocación de progreso en América, y heredaría, por ende, y expandirla, lo que España sólo atisbó.

El año de 1892 produjo una obra historiográfica en que de nuevo el interés se cifró en la personalidad de Colón y en una explicación del descubrimiento en sí. Incluso pudo dar lugar a una descontextualización excepcional de ambos, al subrayar el evento como una proeza individual. En ese momento, los recelos contra los reclamos nacionalistas de España y de Italia estaban en su punto. Así, la reivindicación de Colón, el individuo, podía llevar segundas intenciones. En todo caso, se asoma ya “la rigidez con que estos historiadores se aproximan a sus temas, como si la conducta humana fuera siempre predecible, al igual que las leyes de la naturaleza” (p. 165). Se advierte el perfil finisecular de “historiadores-científicos”, cuya carga valorativa se inclina por el aspecto de lo práctico y lo útil. Colón se destaca por su puesta en práctica de los conocimientos de la época y, a partir de ello, se da el reconocimiento

que se le tributa. No obstante, a consecuencia del alejamiento de la idea de la Providencia como explicación histórica, lo fortuito suple su lugar: fue suerte, o azar, o equívoco que Colón “descubriera” un mundo nuevo. Además, en la obra de John Fiske hay un planteamiento abiertamente evolucionista según el cual se da crédito a la idea de un “descubrimiento” claramente por etapas.

De lo anterior se desprende que mediaba un corto paso para llegar a la idea de un Colón frágil y defectuosamente humano. Pudo incluso considerarse la encarnación de la “avaricia española” y que, en su afán de enriquecimiento y en su crueldad, se convirtió en el “expoliador del Nuevo Mundo” (p. 174-175). Más aun, se estimó que padecía una terrible ceguera, al no darse cuenta de la constitución verdadera de las tierras que había encontrado. Bien por la intensificación de las rivalidades con España e Hispanoamérica, bien por la demagogia interna que se valía de Colón para anunciar un presagio de la futura grandeza de Estados Unidos, Justin Winsor se convirtió en el historiador norteamericano que pretendió alejar a Colón de la historia de su país del cual —en su opinión— no debía formar parte. Al fin, Colón era católico y latino, no era un héroe, y sus exploraciones no tocaron tierras norteamericanas.

Había comenzado, pues, la obra “desmitificadora” del Almirante. La autora demuestra que el siglo XX profundizaría esta tendencia, la cual se habría de perfilar a partir de un Colón que encuentra “muy alejado de la fantástica épica romántica y de los valores atribuidos a él por la escuela de Boston” (p. 186). En vez del héroe intachable, ahora Colón se parecería más al sordo capitalista de aquellos tiempos:

astuto, taimado y sutil para sacar partido para ocultar la verdad según su conveniencia, para aprovecharse de las personas y amarlas, para enriquecerse, para negar origen humilde, para ocultar incluso el nombre de la madre de (su hijo) Fernando por

ser ésta de noble ascendencia (p. 186).

Más que producto de originalidad y de arrojo, y mucho menos de elección divina, el viaje de Colón era la simple puesta en práctica de los conocimientos de otros.

Pero si Henry Vignaud pudo llevar la historiografía colombina a este vuelco inesperado, Roger B. Merriman (1918) canalizó el nuevo realismo por otras vías en que se sobreponía el deseo de explicación al del desenmascaramiento. Asimismo, Samuel Eliot Morrison emprendería en 1941 el establecimiento de un vínculo entre tal realismo explicativo y un neotromanticismo y neoprovindencialismo. Más crítico y circunspecto en algunas cuestiones, integra plenamente la saga colombina a la historia de Estados Unidos y ve en el hombre Colón “el alma del viaje” (p. 207-208).

Nuestra autora nos revela entonces que se abriría, indudablemente, el marco del debate y el análisis. El discurso historiográfico, sin embargo, propendía hacia conclusiones cada vez más contradictorias, que le preocupan a la maestra Mayer. El realismo evidenció tener vasos comunicantes con la antiquísima denuncia de la bajeza de los españoles y podía —en la obra de Carl Sauer (1966)— tomar partido “a favor de la naturaleza y de los primigenios habitantes de este continente” (p. 211). De repente afloraba el rescate de una vida indígena largamente considerada bárbara y repudiable. Francis Jennings (1975) y Kirkpatrick Sale (1990) llevarían adelante esta tendencia en medio de vertientes historiográficas menores.¹ La “occidentalización” de América podría haber sig-

nificado más bien destrucción ecológica y humana y no el progreso de la civilización como se había venido entendiendo. Y esta civilización, más que razón, ciencia y superación del género humano, ¿significaría una explotación desenfrenada, colonialismo, usura e imperialismo (p. 224)? De ser así, ¿la misión americana y universal de los Estados Unidos habría concluido?

Debidamente, a la maestra Mayer le preocupa que tal finiquito de la misión norteamericana pudiera fortalecer el conflicto intestino en esta América, la mestiza, al sur del Río Bravo. Finalmente, si algo resulta de una vertiente de la historiografía colombina norteamericana es que las culturas euroamericanas están profundamente enraizadas de origen. Es cierto lo que concluye la autora en torno a la obligación del momento de “romper necesariamente con el aislamiento cultural” de siglos y que las culturas americanas postcolombinas se conozcan por encima de las rupturas de raza, lengua e idiosincracia (p. 245). También es innegable que “nuestros vecinos tienen que apreciar el valor y la pujanza de la cultura hispanoamericana”. Lo que queda en el aire, y el docto Juan Ortega y Medina ya lo había detectado, es: ¿dónde podrán el énfasis? ¿En lo hispano o en lo indoamericano? El sentido de misión de Estados Unidos, aquél que Alicia Mayer ha seguido historiográficamente con tesón y con talento, probablemente no acabará con el siglo XX, a pesar de su actual crisis. ¿Pero podría cambiar de caballo a media carrera!

Brian F. Connaughton
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

¹ Daniel Boorstin (1983) evalúa negativamente la proeza de Colón frente a la de Vasco da Gama.